



CAPÍTULO XXX

En el cual Beremís narra una leyenda. El tigre sugiere la división de 3 por 3. El chacal indica la división de 3 por 2. En el cual el chacal se queda con el resto de la división. Como se calcula el cociente en la Matemática del más fuerte.



En nombre de Alah, Clemente y Misericordioso.

El león, el tigre y el chacal, abandonaron, cierta vez, la gruta sombría en que vivían, y salieron en peregrinación amistosa, a recorrer el mundo, en procura de alguna región rica en rebaños de tiernas ovejas.

En medio de la selva, el león, que dirigía, naturalmente, el grupo, se sentó, fatigado, sobre sus patas traseras, e irguiendo su enorme cabeza soltó un rugido tan fuerte, que hizo estremecer a los árboles más

próximos.

El tigre y el chacal se miraron asustados. Aquel rugido amenazador con que el peligroso monarca, de oscura cola y garras invencibles, turbara el silencio del bosque, traducido a un lenguaje al alcance de todos los animales, quería decir, lacónicamente: "-Estoy con hambre."

- Vuestra impaciencia es perfectamente justificable (observó el chacal, dirigiéndose humildemente al león). Os aseguro, sin embargo, que conozco, en esta floresta, un atajo misterioso, del cual las fieras no tuvieron nunca noticia. Por el podríamos llegar, con facilidad, a un pequeño poblado casi en ruinas, donde la caza es abundante, fácil, al alcance de las garras, y exenta de cualquier peligro.

- Vamos, chacal -dijo de pronto el león-; quiero conocer y admirar ese adorable lugar.

Al caer de la tarde, guiados por el chacal, llegaron los viajeros a lo alto de un monte no muy elevado, desde donde se divisaba una pequeña y verde planicie.

En medio del valle se hallaban descuidados, ajenos a los peligros que los amenazaban, tres pacíficos animales: una oveja, un cerdo y un conejo.

Al avistar la fácil presa, el león sacudió la abundante melena en un movimiento de incontenida satisfacción. Y con los ojos brillantes de gula, se volvió hacia el tigre y gruó, con tono posiblemente amistoso:

- ¡Oh, tigre admirable! Veo allí tres hermosos y sabrosos manjares; una oveja, un cerdo y un conejo. Tú, que eres listo y experto, debes saber dividir con talento tres entre tres. Haz, pues, con justicia y equidad, esa operación fraternal: dividir tres entre tres cazadores.

Lisonjeado con semejante proposición, el vanidoso tigre, después de expresar con visos de falsa modestia su incompetencia y su poco valor, respondió así:

- La división que generosamente acabáis de proponer -¡oh rey!- es muy simple y se puede hacer con bastante facilidad. La oveja, que es el mayor de los tres bocados, y el más sabroso, y, sin duda, capaz de saciar el hambre de un grupo de leones del desierto, os toca por derecho. Aquel cerdo flaco, sucio y maloliente, que no vale una pierna de la hermosa oveja, será para mí, que soy modesto y con bien poco me conformo. Y, finalmente, aquel minúsculo y despreciable conejo, de reducidas carnes, indigno del paladar refinado de un rey, corresponderá a nuestro compañero el chacal, como recompensa por la valiosa indicación que hace poco nos proporcionó.

- ¡Estúpido, egoísta! -rugió, enfurecido, el león, lleno de indescriptible furia-. ¿Quién te enseñó a hacer divisiones de esa manera? ¿Dónde viste una división de tres por tres, hecha de ese modo?

Y, levantando su pesada pata, descargó sobre la cabeza del desprevenido tigre tan violento golpe, que lo tiró muerto a algunos pasos de distancia.

En seguida se volvió al chacal, que asistiera aterrado a aquel trágico final de la división de tres por tres y así le habló:

- Mi querido chacal. Siempre tuve de tu inteligencia el más alto concepto. Se que eres el más ingenioso y brillante de los animales de la floresta, y no conozco otro que pueda aventajarte en la habilidad con que sabes resolver los más intrincados problemas. Te encomiendo, pues, el hacer esa división simple y banal, que el estúpido tigre (como ya acabaste de ver) no supo efectuar satisfactoriamente. ¿Estás viendo, amigo chacal, aquellos apetitosos animales: la oveja, el cerdo y el conejo? Pues bien: dividirás las tres piezas entre nosotros dos. ¡Nada más sencillo que dividir tres por dos! Haz los cálculos, pues deseo saber qué cociente exacto me corresponde.

- No soy más que un humilde y rudo siervo de Vuestra Majestad -dijo el chacal, en tono humildísimo de respeto-. Debo, pues, obedecer ciegamente la orden que acabo de recibir. Voy a dividir, como si fuera un sabio geómetra, aquellas tres piezas entre nosotros dos. La división matemáticamente exacta es la siguiente. La admirable oveja, manjar digna de un soberano, es para vuestros reales caninos, pues es indiscutible que sois el rey de los

animales; el bello cerdo, del cual oigo los armónicos gruñidos, debe ser también para vuestro real paladar, pues, según dicen los entendidos, la carne de puerco da más fuerza y energía a los leones; y el inquieto conejo, con sus largas orejas, debe ser saboreado por vos, como sobremesa, ya que a los reyes, por ley tradicional entre los pueblos, les pertenecen, de los opíparos banquetes, los manjares más finos y delicados.

- ¡Chacal incomparable! –exclamó el león, encantado con el reparto que acababa de oír-. ¡Qué agradables y sabias son tus palabras! ¿Quién te enseñó ese artificio maravilloso para dividir con tanta perfección y acierto, tres por dos?

- Es zarpazo con que vuestra justicia castigó, hace un instante, al tigre arrogante y ambicioso, me enseñó a dividir con certeza tres por dos cuando de esos dos uno es el león y otro el chacal. En las matemáticas del más fuerte, pienso que el cociente es siempre exacto, y al más débil, después de la división, ni el resto le debe tocar.

Y, desde ese día en adelante, haciendo siempre divisiones de esa manera, inspiradas en el más torpe servilismo, vivió el astuto chacal su vida de vil adulador, regalándose con los desechos que dejaba el león.

- He aquí, elocuente "ulema" -concluyó Beremís-, una leyenda en la cual aparecen dos divisiones. La división de 3 por 3 fue apenas indicada, y la otra, de 3 por 2, efectuada sin dejar "resto".

Quedó encantado el sultán al oír la admirable fábula contada por el calculista.

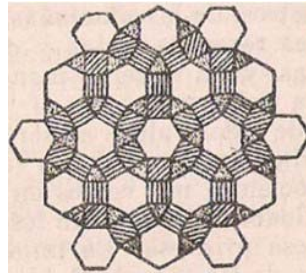
Ordenó que la "División de tres por tres" fuese conservada en los archivos del califato, pues la narración de Beremís, por sus elevadas finalidades morales merecía ser escrita con letras de oro en las alas transparentes de una mariposa blanca del Cáucaso.

Y, a continuación, tomó la palabra el sexto "ulema".

El sexto sabio era un cordobés. Había vivido quince años en España y de allá había huido por haber caído en desgracia con un príncipe musulmán. Hombre de media edad, de cara redonda y fisonomía franca y sonriente, decían de él sus admiradores que era muy hábil para escribir versos humorísticos o sátiras contra los tiranos.

¡Emir del Mundo! –comenzó el cordobés, dirigiéndose al sultán-. Acabo de oír con verdadero placer esa admirable fábula intitulada "La división del persa". Encierra ella, a mi modo de ver, grandes enseñanzas y profundas verdades. Verdades claras como la luz del sol en la hora de "edduhr"¹. Me veo obligado a confesar que los preceptos matemáticos toman forma viva cuando son presentados bajo la forma de fábulas o de historias. Conozco una leyenda que no contiene divisiones, cuadrados o fracciones, mas encierra un problema de Lógica, posible de resolver con un razonamiento puramente matemático. Contada la historia, veremos como podrá el eximio calculista resolver el problema en ella contenido.

Y el sabio cordobés contó lo siguiente:



¹ *Edduhhr* – medio día. Los árabes dividen los días en 24 horas, que cuentan a partir del momento en que se pone el sol. Así, para los árabes, la noche del 13 es aquella que transcurre entre los días 12 y 13. La hora en que el sol se pone se llama "*mogreb*"; dos horas más tarde "*elascha*"; la segunda hora después de "*mogreb*" es llamada "*elmarfa*". La media noche es, para los musulmanes, "*nusfel-leil*". La aurora "*elfedsjer*". La hora del almuerzo (9 de la mañana) es llamada "*el-ghudda*"; al medio día "*eddhuhhr*"; tres horas más tarde, "*el-arr*". (M. T.)